

Cuando no quieren ver

Hoy ya no hablamos de cinco sentidos sino de siete. Se incluyen dos más a los comunes que practicamos desde cuando abrimos los ojos: La propiocepción y la introcepción. Por estos dos últimos nos apropiamos de nuestro cuerpo, lo leemos, construimos el mapa mental de nuestro cuerpo y sintonizamos movimientos en coordinación con el cerebro. Así mismo, damos nombre a nuestras sensaciones y localizamos el dolor.

Pero hoy, dada la fragmentación humana, establecemos unos bloques que rompen con los vasos comunicantes entre nuestros sentidos. Apenas sí vemos, apenas sí oímos. Más aún, nos negamos a darle imagen y proyección a nuestra vida. Nuestras pasiones se nos vuelven momentáneas, nuestras visiones enneguecidas o borrosas y no hay aquella conexión entre cerebro y sentidos. El corazón se aísla, la mente se borra. Nos negamos a ver.

Esto pasa, sobre todo, cuando ideologizamos nuestra fe, nuestras convicciones y nos negamos a darle crédito a lo que vemos. Perdemos el asombro, la capacidad de admirarnos, de aceptar la verdad de los hechos, encerrándonos en nuestra propia ceguera. A eso llama el Evangelio, dureza del corazón. Eso hace que las ideologías nos vuelvan tan tercos, miserables, egolátricos. Negamos lo diferente, lo alternativo.

El ciego, después de que Jesús toca sus ojos con un amasijo de lodo, va comenzando a ver. Y mientras más va ampliándose su visión, menos ven los enemigos de Jesús. Es una proporción geométrica: A mayor visión de los pequeños, de los humildes, menor es la cobertura de visión en los orgullosos, soberbios, hechos los poderosos. Solo ven su bolsillo o su miopía mental, cordial, sorofraterna.

Cochabamba 19.03.23

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com